

ÉL, ELLA

ELLA HA APRENDIDO A CAMINAR y va de las rodillas de la madre a las de la abuela, sentadas cerca de la chimenea, y aún no siente miedo, porque no entiende las historias que se cuentan, a veces de lobos en el monte y de bandidos, otras muchas de cadáveres en las cunetas o tirados junto al cementerio, y es que a pesar de la tensión que la rodea en aquel momento de disparos y expolios, de sacas y fusilamientos, solo le dan miedo los ruidos que llegan del corral, los mugidos y rebuznos, las pezuñas contra el suelo de tierra, y a él también le asustan, aunque procura ocultarlo, los estallidos de las bombas en ese extrarradio de Madrid al que ha ido a parar su familia huyendo de la miseria, un barrio obrero y por tanto objetivo de los nacionales, pero él tiene ya siete años y, si llora, su padre se ríe de él o le da un pescozón o le dice como me quite el cinto sí que vas a tener razones para llorar, pero ella casi no se acuerda de esa época, su memoria comienza cuando ya han sucedido algunos de

los dramas que la marcarán de por vida, como la huida del padre para que no lo fusilen los vencedores, aunque no tenga de él otro recuerdo que el creado a partir de las narraciones de la madre y de un par de fotografías desvaídas en las que aparece solo, en una de ellas con uniforme, y no sabe si no hay fotos de los tres, o de ella con su papá, o de la madre con el padre, o si se perdieron durante la guerra y las mudanzas, lo único seguro es que las primeras imágenes que tiene de sí misma son ya de cuando la madre se ha ido a Madrid a buscar trabajo y ella vive con los abuelos, divertido y alcohólico el abuelo, la abuela siempre suspirando y lamentándose, los dos cariñosos aunque siempre que la acarician parece que lo hacen con tristeza, cosa de la que él no se quejaría si le sucediese, porque de su padre no espera ni una caricia, las manos del padre están hechas para el trabajo y la bofetada, para empuñar herramientas y castigar, y la madre, de la que cabría esperar más capacidad para la ternura, no ha aprendido a expresarla, si es que la siente, y cría a sus cuatro hijos con la atención y el esmero con el que administra las dos infraviviendas que ha construido su marido y que dan en alquiler, y exige de sus hijos que se porten bien y sean trabajadores y sobre todo que no le creen problemas, igual que exige de sus inquilinos que paguen puntualmente y no causen desperfectos, y así crece él, cumpliendo con lo que se espera salvo con lo de ser bueno para los estudios, aunque para ser honestos a nadie le importa mucho porque como muy tarde a los catorce tendrá que ponerse a trabajar, eso se da por descontado, y ella, que sí podría haber sido buena en la escuela, porque es despierta e imaginativa, está sentada en

un pupitre en la última fila del aula, casi tocando la pared de ladrillo con la espalda, porque a los doce años aún no ha aprendido a leer y escribir y la han puesto en esa clase para niños de cinco o seis, que se vuelven a veces a mirarla y cuchichean y se ríen, y ella siente vergüenza y también una rabia que no sabe contra quién dirigir, pero se ha prohibido llorar y aunque le tiembla la barbilla consigue que las lágrimas solo velen ligeramente sus ojos, que de todas formas dirige hacia la superficie pintarajeada del pupitre, igual que, por muchas ganas que tenga de hacerlo, él también consigue contenerse, intuyendo vagamente que el resto de su vida va a depender de que llore o no llore en ese momento, porque él tiene dieciséis años y ha empezado a trabajar con su padre en la construcción, y justo entonces le parece que la imagen se ha congelado, mientras mira a su padre sujetando contra la pared a otro albañil, uno que no es tan viejo como el padre ni tan joven como él, con un puño agarrado al cuello sucio de la camisa del hombre, el otro sujetando la llana cuyo filo aprieta contra la garganta enrojecida, y le dice ¿a quién le vas a dar tú una hostia?, ¿eh?, ¿a quién?, y él se dice que si se le escapa aunque solo será un puchero se reirán de él, no solo ese chulo que pretendía acobardarlo, sino todos los demás obreros, y entonces ni siquiera la rabia de su padre conseguirá defenderlo, y su fama pasará de una obra a otra, de una cuadrilla a otra, y al menos es capaz de mantener una mirada retadora desde detrás de los hombros del padre, aunque tendría que haberse sabido defender solo, a los dieciséis años, joder, eres ya un hombre, no debería sacarte nadie las castañas del fuego, y a los catorce, ella,

cuando ya ha tenido que dejar la escuela, después de aprender a leer y a escribir y de irse saltando clases con un empeño que le permitió salir poco a poco de la última fila y convertirse en la alumna modélica, a la que quieren todas las señoritas, porque hay que ver, viniendo de dónde viene y cómo pelea la chiquilla, ella ha empezado a trabajar en una zapatería para ayudar a su madre, que apenas gana para pagar el alquiler del cuchitril en el que viven en ese barrio madrileño que acoge, es un decir, a inmigrantes de todas partes de la península, y también su jefe la alaba porque qué discreta es esta chica, y qué trabajadora, pero su admiración no le empuja a darla de alta en la seguridad social, lo que muchos años después significará que no podrá cobrar una pensión de jubilación porque le faltan tres meses por cotizar, pero no nos adelantemos, porque ahora ella tiene solo catorce años y no piensa en lo que sucederá más adelante, pues el presente la abarca y absorbe y aprieta todas las costuras de su cuerpo, y él solo tiene dieciocho pero sí calcula, todas las semanas calcula cuando recibe la paga, y las cuentas que va echando le indican que aunque trabaje toda su vida, hasta los sesenta y cinco, no habrá conseguido ganar un millón de pesetas, un pensamiento que lo deprime aunque no sabría explicar por qué, ni un millón de pesetas, trabajando de la mañana a la noche, aunque es verdad que ya no se limita como al principio a acarrear ladrillos y arena y cemento y grava en carretillas y espueras, sino que ya sabe levantar paredes con esos mismos ladrillos y con el cemento y la arena que le llevan otros y él dice más vivos los he visto yo, venga, que me duermo, y se siente fuerte y poderoso cuando exige y demuestra lo

rápido que es, porque a él a trabajar no le gana nadie, eso lo ha probado ya, levantando paredes, enyesando, poniendo vigas, echando lechadas, alicatando, aunque esto se le da peor porque le faltan paciencia y cuidado, él prefiere tareas en las que se note el avance, ver cómo se alzan las paredes, cómo se extiende el forjado, y no hay momento más satisfactorio que ese en el que ponen la bandera tras cubrir aguas, como si construir una casa fuese el equivalente de hincar la enseña en un territorio recién conquistado, un acto que le llena de orgullo, como la llena a ella de orgullo, aunque lo disimule, que las clientas la alaben delante del jefe, qué chica más discreta, dicen, y qué dulce es, a mí que me atienda esa chica, sí, sí, espero, no me importa, lo que hace que ella se sonroje y dé las gracias más de lo necesario y se esfuerce en poner el zapato suavemente en esos pies de señoritas acostumbradas a comprar zapatos varias veces al año, y pregunte, ¿le aprieta aquí?, ejerciendo una leve presión sobre ese punto en el que el cuero podría provocar rozaduras o incomodidades, le queda muy bien, muy elegante, dice, casi siempre con los ojos bajos, no solo porque contempla el calzado, también por timidez, al contrario que él, que ha ido aprendiendo a levantar siempre la mirada, a clavarla en quien quiera que tenga enfrente, porque a él no lo van a amilanar, él se come el mundo con patatas, y tiene una voz firme, siempre con un punto de agresividad, con o sin motivo, por si acaso, porque si no te haces respetar es el mundo el que te come a ti, y esa actitud desafiante y al mismo tiempo controlada impresiona a su jefe, que lo hace encargado de obra demasiado joven, pero lo que le falta de experiencia le sobra de au-

toridad, y si él está al cargo el jefe puede echarse a dormir, casi ni aparece por la obra, porque a nadie se le ocurre rechistar, que si hace demasiado calor o que si el hormigón lleva demasiada arena, se trabaja y punto, y si no a la calle, que vagos aquí ni uno, y es con esa misma voz agresiva, más de lo que él habría deseado, con la que le dice a ella, venga, mujer, tómate un vino, que eso no hace daño a nadie, en casa de la madre de ella, adonde lo ha llevado su padre, que las conoce no sabe de qué, de alguna chapuza, y ella dice que no bebe y él que qué chica más sosa, que si tampoco fuma, y por supuesto que no, porque en aquella época solo fuman las mujeres fáciles, y qué se ha creído, pero resulta que él tampoco fuma, en realidad apenas bebe, solo para aparentar, y eso le gusta a ella, que no tenga vicios, y que no sea gritón y jaranero, porque jarana tiene suficiente en casa, no por su madre, sino por esas tías y primas y arrimadas que andan siempre por ahí dando carcajadas y diciendo cosas soeces, que es verdad que él también dice palabrotas, pero no todo el rato y siempre con motivo, por alguna rabia justa, no por ánimo obsceno, así que cuando él le ofrece salir a dar un paseo, ella dice vale, pero uno corto, y ese paseo conduce a otros paseos y luego a salas de cine en las que apenas importan las batallas que se libren en la pantalla sino que la pelea que cuenta de verdad es esa otra silenciosa, iluminada a veces por un cambio de escena en la pantalla, en la que una mano lucha por conquistar cada centímetro de terreno y el otro cuerpo se revuelve y retira, manotea y espanta, se encoge, se evade, y no es que ella sea puritana, un concepto que ni siquiera se le pasa por la cabeza, ni es en realidad una

cuestión moral, si ella se defiende de esa mano que quiere tocar cualquier parte de su cuerpo, la que sea, es porque sabe que cada roce supone la adquisición de un derecho, un nuevo punto de partida en el camino hacia ese final que ella sabe perfectamente a dónde conduce, porque es hija de madre soltera y porque también su tía, que vive en el piso contiguo, va abriendo la puerta y levantando las sábanas a hombres cada vez más feos, cada vez más míseros, cada vez más alcoholizados, y él a veces se enfada, se enfada de verdad, ¿somos o no somos novios?, ¿ni siquiera un beso?, eso es porque no me quieres, un discurso planteado con énfasis pero sin convicción, más bien porque el papel del hombre es ese, si no, qué iba a pensar ella de él, tiene que intentarlo y algo en él lo desea y algo en él es consciente de que conseguirlo sería el fin, no sería ella entonces la mujer que necesita, y regresa a casa de sus padres, frustrado y contento, irritado y seguro, rabioso y agradecido, donde vive con ellos a los veintitrés años, y trabaja cada día pensando en un futuro con ella en el que escapan de las calles embarradas del Pozo del Tío Raimundo, de esa vida que discurre en casas levantadas ilegalmente, muchas sin agua corriente, y él se sabe trabajador y aunque no gane el millón de pesetas, aunque en sus cálculos nunca dejará de ser un obrero, da igual que ya no realice trabajos físicos, porque solo da instrucciones, y dirige y señala y exige, pero al menos tendrán piso propio, que tardarán en pagar, también lo ha calculado, hasta el día en que se jubile, sesenta metros cuadrados a cambio de cuarenta años de trabajo, con una habitación para los niños, dos, si es posible, niño el mayor y niña la pequeña, con un

salón y un dormitorio y una salita de estar que se transformará también en dormitorio cuando los niños crezcan, un piso que estará en una calle asfaltada y tendrá cuarto de baño en el interior, un piso como esos que él ayuda a construir, y mientras lo hace dibuja planos con la imaginación, distribuye, decora, construye mentalmente los armarios, mientras ella tiene que soportar, a los diecinueve años y ya embarazada, niño o niña no se sabe, vivir aún con los padres de él después de una boda que la entristeció tanto sin que hubiese podido explicar el motivo, otra vez conteniendo las ganas de llorar y sonriendo a la fuerza, y la noche de bodas que le hizo preguntarse si eso era todo, si no había otra cosa que ese forcejeo y esa incomodidad y esa vergüenza, eso que se suponía que era tan maravilloso que exigía una voluntad de hierro para no entregarse antes de tiempo, y también se dice que de haberlo sabido le habría sido mucho más fácil no caer en la tentación de un pecado que no te daba más placer que comerte una lata de sardinas, y tampoco él parece muy satisfecho, desde luego incómodo, porque ella ya ha aprendido que cuando él se siente inseguro frunce el ceño más de lo habitual y habla con brusquedad innecesaria, solo frases breves y provocadoras que a ella la hacen sentirse culpable, y esa primera noche es él quien apaga la luz y ninguno de los dos acierta a desear al otro las buenas noches, ni a despedirse con un beso o con una caricia, tan solo se dan la vuelta y no sabemos si se quedan pronto dormidos o rumiando su decepción, esa sensación de que falta algo y de que nada era como lo imaginaron, pero no va a ser un mero contratiempo el que altere sus planes o debilite su voluntad, por lo que él

sigue yendo a trabajar de lunes a sábado, y ella se ocupa de la casa y del primer niño, que nace cuando ella no tiene ni veinte años, y lo cría con tozudez, contra las críticas más o menos veladas de la suegra, quien no aprovecha la oportunidad para corregirla y decirle cómo hay que hacer las cosas con un bebé, sobre todo con uno tan difícil como este, que ya antes de aprender a hablar se coge unas rabietas tales que deja de respirar, y se pone primero pálido y después colorado gritando sin parar, hasta que un médico receta meterle la cabeza debajo del chorro de agua fría, un método que a ella le parece brutal pero quién es ella para contradecir a un médico, por lo que cuando el niño llora hasta que parece que se va a asfixiar, abre el grifo y el agua fría lo deja, ahora de verdad, sin respiración, uno, dos hipos y se calla, inmediatamente, toma aire con dificultad y entonces una mirada de espanto, y el silencio, que se calle, que se calle de una vez o lo voy a estampar contra la pared, dice él cuando uno de los dos niños se pone a llorar porque le duele esto o aquello o porque los dientes o porque el hambre, él no trabaja todo el día para llegar a casa y encontrarse con eso, porque va a tener razón su madre cuando dice que ella no sabe llevar la casa, y cocinar, lo que se dice cocinar tampoco, él cumple, ¿no?, él lleva la comida a la mesa, entonces que no le caliente la cabeza y que se ocupe mejor de sus hijos, hay que joderse, ni en tu propia casa puedes descansar tranquilo, y no es que a ella no le duelan las críticas y no es que no le agobien los gritos y los llantos y no saber qué hacer con los niños, porque es cierto que le falta experiencia y que se siente superada e incapaz, y tonta, sobre todo tonta, él

tiene razón, lo mínimo que se puede esperar de ella es que cumpla con su parte y la comida esté rica, la casa limpia, los niños felices, y ella también feliz, aunque esto al menos ha aprendido a aparentarlo, al fin y al cabo sus preocupaciones son bobadas y si a veces le vienen, como a los niños, ataques de llanto es porque es una simple y una blanda, pero va a cambiar y a aprender y a mejorar, esa familia va a ser ejemplar, una familia perfecta, con unos hijos sanos e inteligentes, que harán una carrera universitaria, aunque eso no se ha atrevido aún a decírselo a él, que los niños van a escapar a la perspectiva de vivir para pagar las letras de la casa, les darán otras posibilidades, aunque tengan que renunciar al coche, pero él no renuncia y el primer coche que llega a esa calle de Vallecas es precisamente el suyo, un coche minúsculo en el que apenas caben todos, menos aún si los acompaña la madre de ella, que vive sola y por eso los domingos los visita uno sí y el otro también, y se queda a dormir en la cama plegable del cuarto de estar después de hacer lo que hacen casi todos los domingos, salir en el coche, por la mañana temprano para evitar atascos, de camino al río Alberche, y los baños, y los llantos, y la tortilla y un poco de vino, al niño, no, Antonio, por el amor de Dios, pero si un traguito no hace mal a nadie, y es curioso que a pesar de las penurias, de los disgustos, de la sensación a veces de que vivir es como excavar un túnel sin saber si al final habrá salida, tenga o no luz, pero una salida, con el temor a las peleas, con una fe que solo se sustenta en la fuerza de voluntad de quien nunca recibió un regalo y tiene que aprender a sobrevivir en medio hostil, flores que brotan en la roca y

arrostran el viento y la sequía, a pesar de todo, sí, van dejando de ser él y ella para ser ellos, porque él poco a poco descubre que ella no supone una carga sino un cobijo y la insatisfacción y la frustración se van convirtiendo en tranquilidad y en un agradecimiento sin palabras, porque en esa casa las palabras se usan como los números, una forma de administrar y clasificar, no de transmitir emociones o sentimientos complejos, y tiene que reconocer que esa mujer que al principio le parecía que se quebraba con un soplo, siempre al borde de las lágrimas, ha revelado ser una aliada estimable, un apoyo sólido cuando él pierde la orientación y la esperanza, alguien que hace cuentas con él y ahorra y propone y no solo piensa en sobrevivir, como él, sino que tiene un plan a largo plazo y parece dispuesta a ir más allá del coche y la televisión en color, más bien piensa en transportarlos a todos ellos a un lugar que él ni siquiera imaginaba, y por eso van a ver esa parcela en las afueras de Madrid, sí, pueden permitírsela, dice ella, con sacrificios, como todo, pero pueden, y, tras repasar varias veces las cuentas sobre la mesa de la cocina, la compran y construirán la nueva casa los fines de semana y durante los veranos, cavando los cimientos con pico y pala, incluso a base también de pico y pala se permiten un lujo con el que nunca habían soñado hasta que vieron ese terreno cubierto de cardos y grama y pensaron que por qué no, una piscina no es tan cara si te la haces tú, y la satisfacción de ver a los chicos, ya adolescentes, aprender a nadar en esos seis metros por tres por uno y medio, como aprenden a montar en bicicleta y poco a poco se acercan a la edad de ir a la universidad, que lo harán,

claro que lo harán, no cabe ninguna duda salvo en esos momentos en los que él tiene un ataque de ira porque le han faltado el respeto o no quieren trabajar con él en esos otros chalés que sigue construyendo con sus propias manos los fines de semana, no para irse a vivir a ellos, para venderlos, en esa época en la que la clase obrera tiene aspiraciones de clase media y la clase media imita cada vez mejor a la clase alta, y a él le parece que los dos desconocidos en que se han convertido sus hijos no aprecian ni agradecen, les ha llovido todo del cielo, no tienen más que abrir la boca y extender la mano, y entonces me cago en dios y en la virgen, desde el lunes vais a trabajar conmigo, a la puta mierda los estudios, no os los merecéis, me cago en la hostia puta, esas recaídas en el lenguaje blasfemo y obsceno del barrio obrero que él ha ido camuflando, no porque pretenda ser como sus vecinos, que tienen negocios de importación exportación o cadenas de zapaterías o una notaría que se va heredando de padres a hijos a nietos, pero sí intenta parecer algo más culto, también algo más educado de lo que es, aunque a quien le sale con naturalidad es a ella, que ya de joven era más..., no, refinada no es la palabra, pero eludía parecerse a las mujeres que la rodeaban, mujeres de risotada y exabrupto, de secarse las manos en el jersey y de pasarse el dorso de la mano por la nariz, de salir a la calle en bata, de pegar a los hijos con la zapatilla, de beber aguardiente, de blasfemar como hombres, no, su madre no era así, por lo menos no del todo, pero se rodeaba de esas mujeres, cuando ella había querido escapar de aquel círculo que la asfixiaba, de ahí su tono calmado, sus gestos contenidos, su poco hablar, sus hijos

limpios, su casa impecable, que le permitían integrarse con unas vecinas que, como sus maestras cuando era niña, comentarían entre ellas que hay que ver, viiendo de donde viene, cuánto saber estar, y ni siquiera notarán su propia condescendencia sino que se sentirán orgullosas de ser tan poco clasistas como para hacerse amigas de esa mujer de orígenes pueblerinos pasada por las cercanías de barrios de chabolas, y ella va a clase de pintura con las vecinas, y él juega al tenis y, era inevitable, acaba comprándose un barquito de segunda mano y habla de esloras y de foques, se saca el carné de patrón de yate, bebe Chivas y Cardenal Mendoza, y se compra un Lancia deportivo, mientras ella apenas cambia de aspiraciones salvo en las que tiene para sus hijos, que ya se han ido de casa pero aún, a veces, necesitan ayuda, y, para la casa en la que viven, un jardín más grande, una pista de tenis propia aunque de suelo de cemento que se resquebraja el primer invierno, un dormitorio amplio con su propio cuarto de baño, y, es cierto, contrata a una mujer que va a ayudarle con la limpieza tres horas por semana, porque el ascenso social también era eso, pagar para desprenderte de una tarea que creías tuya para siempre, y se ríen, él y ella, cuando recuerdan que él pensó que nunca ganaría un millón de pesetas, e irán cambiando de chalé, el nuevo siempre mejor, más espacioso, con detalles que recuerdan vagamente a películas de los años cincuenta, como la escalinata de mármol, los pasamanos dorados, la claraboya, un vestidor en el que se acumula la ropa, también la que ya no se ponen, porque a pesar de todo ella no puede quitarse de encima el rechazo a tirar las cosas, que siempre pueden servir, tener una segunda

vida, sí, a pesar de todo, de esa blusa de flores malva salen paños para la cocina, de las sábanas ya ajadas, si se aprovechan las partes en mejor estado, salen fundas de almohada, y el abrigo de piel, que nunca se pone porque le da apuro, se siente impostora con él, incluso extravagante, acompaña durante años a las prendas recién llegadas, de una casa a otra, salvo que siempre se queda en la residencia principal, nunca va a parar a los armarios, más humildes, del apartamento que compraron en Benidorm y que los chicos, que no viven con ellos desde hace años, nunca visitaron e incluso se sacaban de muy dentro una sonrisa de superioridad, Benidorm, ¿para qué iba a ir yo a Benidorm?, porque los chicos, que se han beneficiado de él, desprecian un poco el ascenso social de los padres, los ven como nuevos ricos, se distancian de ellos, porque en la universidad han aprendido un lenguaje y una manera de mirar el mundo que dificulta la comunicación, ya ves tú, les das estudios y los estudios los vuelven extranjeros en su casa, porque ella lo ha notado, que regresan un poco como ella regresaba de visita al pueblo, hay algo entrañable en ese pasado, pero sobre todo es un lastre, una habitación angosta de la que es imprescindible escapar, y da igual que ahora ella y él se junten con un pintor y con un guitarrista, que su círculo de amigos haga de mecenas de dos artistas que nunca tuvieron éxito pero hablan de sí mismos como si pudieran haberlo tenido, pero las circunstancias, la injusticia, la corrupción, ya se sabe, y los hijos los encuentran vulgares, su música y su arte, y del guitarrista dicen que podría tocar para jubilados en un crucero, y eso a ella la ofende, porque tiene ya la edad de jubilarse y él, que tanto

defendía la ética del trabajo, lo hizo en cuanto pudo, no había cumplido ni cincuenta y cinco, y él y ella, que apenas viajaban, empezaron a hacerlo, primero por Europa, más tarde hasta estuvieron en Cuba, incluso él fue una vez sin ella, con amigos que tenían un yate más grande que el suyo, y no queremos saber lo que hizo allí, aunque lo imaginamos, no tanto por él, que mantuvo a través de las décadas tanto el gesto desafiante como la timidez, sino porque un grupo de hombres en La Habana sin sus mujeres, de hombres como aquellos, aunque quizá esta idea solo responda a los prejuicios de quien está escribiendo, qué van a hacer, con tantas oportunidades y tanto poder adquisitivo y la necesidad de mostrar que lo tienen y sobre todo que son hombres de verdad, pero dejemos esa historia que no conocemos bien, y de la que además él ya ni podría acordarse, porque su memoria se ha ido deteriorando sin que nos demos cuenta, ella sí, ella le ha convencido para que deje de conducir porque ha notado que se desoriente, se extravía, se olvida de mirar por el retrovisor, y es un alivio que él venda el Mercedes, se acabaron también los viajes, la vida, que antes parecía expandirse continuamente, ahora se encoge y achica, poco a poco también dejan de pasear porque él se cuelga del brazo de ella, tambaleante, y ella a sus años ya no puede con tanto peso, no puede seguir siendo soporte y puntal, apenas sale, entonces, para ir a la compra o a tirar la basura a la puerta del edificio de apartamentos al que se han mudado porque ella tampoco puede ya ocuparse de una casa tan grande, ni siquiera con ayuda, y, ¿no es curioso?, el edificio se encuentra en un barrio obrero, y las voces que se oyen en los pasillos no son tan distintas

de las que se oían en los pueblos de los que ellos provienen, entre otras cosas porque lo que han ahorrado durante tantos años se ha ido reduciendo, porque tampoco han sido ricos de verdad, ricos de olvidar los cálculos y de no comparar precios cuando están en una tienda de ropa ni de ir a hoteles de cuatro o cinco estrellas sin aprovechar ofertas, lo que no quiere decir que ahora pasen estrecheces, aún queda suficiente reserva, incluso para pagar la residencia de ancianos privada a la que va a parar él cuando ella ya no puede ducharlo ni ayudarle a acostarse o a levantarse del sillón, pero hay que decir que ella se desliza sin dificultad en esa vida austera ya que nunca salió por completo de ella, en realidad, ni siquiera ha llegado a acostumbrarse a coger un taxi si no es imprescindible, y ahora aprovecha los descuentos para mayores en los medios de transporte, por ejemplo, en el autobús con el que va cada día a visitarlo a la residencia, para darle de comer, cortarle el pelo y las uñas, un poco furiosa porque la residencia cuesta un dineral pero hay que pagar extra el peluquero y los cuidados que vayan más allá de la manutención y el aseo básico, y todos los días, llueva o nieve, va en autobús, buenos días, muchacho, le dice, como si él la entendiese, y se acostumbra a ese diálogo ficticio, a encontrar solo en el recuerdo el eco de sus palabras, y le acaricia pensando que algo tiene que notar, algo tiene que quedar ahí del hombre con el que ha vivido sesenta años, cuyos gestos aún reconoce, más borrosos, apenas apuntados, pero siguen ahí, como sigue ella, que no toma el bus de regreso sino que va a pie, porque sospecha que ella todavía va a vivir unos años y tiene que mantenerse activa,

porque no quiere acabar así, como él, en silla de ruedas, aunque eso es culpa de la enfermedad, no de haber des- cuidado su cuerpo, va a casa a pie, e irá también a gimna- sia, y a natación, y a unos cursos de historia que ofrece el Ayuntamiento, porque los días son muy largos, muchí- simo, desde las siete de la mañana, cuando se despierta, hasta las once, cuando se acuesta, los días se estiran, a pesar de que tarda una hora de ida y una de vuelta a la nueva residencia, una municipal porque se están ago- tando los ahorros para mantenerlo en la privada, cuya única ventaja era encontrarse al lado de su casa, pero fíjate, al final no eran tan ricos y tuvo que cambiarlo a esa tan alejada, la que le tocó en suerte, aun así los días parecen incluso detenerse a ratos, porque mira el reloj y lo vuelve a mirar cuando ha pasado muchísimo tiempo, pero el reloj le dice que solo han transcurrido diez mi- nutos, y también lee mucho, las novelas que le traen sus hijos y las que saca de la biblioteca, y se pierde en otras vidas, en otras historias, aunque alguna le recuerda a la suya, y cose, y hace arreglos en la ropa, y cocina, y pa- sea, sin el peso de él, pero menos ligera que antes, un día tras otro, tan lentos, un poco vacíos a pesar de todo y tan espaciosos que se diría que tienen eco, los días, largos, un poco extraños, desconcertantes, ahora que él no está.

Pero lo extraño, lo verdaderamente desconcertante, es que, aunque todas las mañanas se levante sola de la ca- ma y nadie comparta ni sus paseos ni sus comidas, para ella sigue existiendo un nosotros, y no puede concebirse, mirarse a los ojos en el espejo, y entender que no hay otra persona a su lado. Que es ella. Nadie más.